

**MICHEL DE MONTAIGNE (1533-1592):**  
**LA FILOSOFÍA COMO ENSAYO**  
**(DEFENSA DE LOS ANIMALES)**

**COLECCIÓN**  
***BIBLIOTECA DE HUMANIDADES SALMANTICENSIS***  
***SERIE FILOSOFÍA 21***

DIRECCIÓN – COORDINACIÓN EDITOR-IN-CHIEF

*José Luis Fuertes Herreros*. Universidad de Salamanca, España

COMITÉ ACADÉMICO ASESOR – ACADEMIC ADVISORY BOARD

*Juan Arana*. Universidad de Sevilla, España

*Enrique Bonete*. Universidad de Salamanca, España

*Antonio Campillo*, Universidad de Murcia, España

*José Luis Cantón*, Universidad de Córdoba, España

*Mário Santiago de Carvalho*, Universidade de Coimbra, Portugal

*Florencio-Javier García Mogollón*, Universidad de Extremadura, España

*José María Maestre Maestre*. Universidad de Cádiz, España

*José F. Meirinhos*, Universidade do Porto, Porto

*Luis Merino Jerez*. Universidad de Extremadura, España

*Juan Antonio Nicolás*, Universidad de Granada, España

*Javier Peña*, Universidad de Valladolid, España

*Rafael Ramón Guerrero*, Universidad Complutense de Madrid, España

*Luis Enrique Rodríguez-San Pedro*, Universidad de Salamanca, España

*Salvi Turró i Tomás*, Universitat de Barcelona, España

**MICHEL DE MONTAIGNE (1533-1592):  
LA FILOSOFÍA COMO ENSAYO  
(DEFENSA DE LOS ANIMALES)**



MARTÍN GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

Prólogo de Oscar Parcero Oubiña  
Epílogo de Jorge Cendón Conde

MADRID

EDITORIAL SINDÉRESIS

2019

1ª edición, 2019

© Martín González Fernández

© 2019, editorial Sindéresis

Venancio Martín, 45 – 28038 Madrid, España

Rua Diogo Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal

info@editorialsinderesis.com

www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-18206-02-3

Depósito legal: M-40724-2019

Produce: Óscar Alba Ramos

Portada: *Portrait de Montaigne*. Jean Lebédeff. (Ivan Lebedev). (Burin sur bois, épreuve d'artiste de 1938, Colección privada). Adaptación pop de Hugo Fiz González Pérez.

Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

# ÍNDICE

## *Prólogo*

Oscar Parcero Oubiña, 7-11

Introducción, 13-21

## *Capítulo I:*

La filosofía como ensayo, 23-166

## *Capítulo II:*

Metamorfosis:

«*et [il] portoit á Augusta un bonnet fouré par la ville*», 167-234

## *Capítulo III:*

*Como gatos y perros*. El alma de los brutos en el Renacimiento:  
escépticos y libertinos, 235-408

*Bibliografía*, 409-416

## *Epílogo*

Jorge Cendón Conde, 417-426

*Índice onomástico*, 425-427



## PRÓLOGO

«La filosofía como ensayo»: he aquí una concisa declaración de todo un modo de concebir el quehacer filosófico, o al menos como tal se nos sugiere; un verdadero posicionamiento a respecto de la tarea de la filosofía, expresado muy simple y brevemente en referencia fecundamente ambigua, pues ¿es «ensayo» en el sentido de prueba, intento? ¿O tal vez ya en el sentido de «género»? Sin duda lo es en ambos sentidos, debemos rápidamente responder; ¿o es que acaso se pueden disociar? Con frecuencia olvidamos, o lo que es peor, obviamos, que el ensayo (sin mayúscula, pues parece que sería aquí impropia), como «género», se lo debemos a Michel de Montaigne. Y no es solo una denominación, un mero rótulo para designar una unidad estructural de constantes semióticas y retóricas concurrentes en diversos textos, lo que a él debemos, sino, *antes*, toda una concepción del quehacer filosófico, como decimos, que encuentra en el ensayo su más adecuada y pertinente forma. Una forma, por otra parte, que es ya en sí misma contenido, que comporta por sí misma un determinado contenido: «un género de contenido», podemos decir jugando en la significación de las palabras (entiéndase, pues, la expresión en toda su polisemia). No se trata, en fin, de una opción estilística, de un modo de ornamentar, para su presentación, una serie de contenidos que estuviesen ya dados, sino que se trata de que todo contenido es *configurado* como ensayo; *tiene lugar* en el ensayo.

Nos atrevemos a afirmar, en este sentido, que de un u otro modo Montaigne fuese particularmente consciente de, y consecuente con, la potencia configuradora del texto, del *aspecto formal* o *género* del texto. Y así la escritura de «ensayos» nos abriría, en realidad –como, de hecho, efectivamente hace–, a toda una (otra) posibilidad de la filosofía, o –sigamos jugando con las palabras– a una posibilidad de otra filosofía. Parece que así lo quisieran ver Lacoue-Labarthe y Nancy, cuando, a propósito de una «nueva filosofía popular», que el romántico Friedrich Schlegel ansiaba instaurar, y que tendría en la Carta (en concreto: a Dorothea) «el modelo» preparatorio para una eventual presentación más acabada, recordaban, justamente, no otra que la figura de Montaigne. Me permito recoger la cita, aun a pesar de ser poco indicado hacerlo en lo que no es más que un mero prefacio: «E indudablemente no es en absoluto un efecto del azar si este “género” más modesto [el género por venir, generado sobre el modelo de la carta] para el cual confiesa carecer de nombre, [Friedrich]

Schlegel se resigna al fin y al cabo a especificarlo como “moral”: “Imagínate – dice– conversaciones contigo misma sobre objetos que conciernen al hombre entero o que tienen solo ese punto de vista, sin más análisis que el que está permitido en una carta a un amigo, con el tono de una conversación adecuada, similar a este escrito dirigido a ti. No quiero darle el nombre filosofía ni *moral*, a pesar de ser diferente de lo que suele entenderse por eso. Para producir en este género lo que yo pienso, hay que ser ante todas las cosas un hombre y luego, por tanto, un filósofo”. Suena a Montaigne. Pero lo hace porque, *mutatis mutandi*, es algo como lo que hace Montaigne. Es decir: porque define con el nombre de “moral” al género (si es un género) del ensayo mismo –esa mixtura, como se sabe, de discusión consigo mismo, de libre conversación, de carta o de memorial– y, sobre este punto volveremos, de sentencias máximas. Género moral: género plural y que no se puede asignar, entre ensayos y fragmentos, del sujeto mismo; o género, si se prefiere, de la *Darstellung* [presentación] del hombre (de la condición humana)» (*El absoluto literario*, traducción de Cecilia González y Laura Carugati, Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012, p. 253).

El ensayo, el «mero ensayo» (nótese la condición de «modestia» del género, a que hacen referencia Lacoue-Labarthe y Nancy), recupera una filosofía –nos atrevemos también a decir una *verdadera* filosofía– que se compromete radicalmente con la verdad, en la medida en que decide no entregarse a la consagración de determinados principios, señalados orgullosamente como «verdad-eros», sino a su puesta a prueba: «à l’essai» es, de hecho, en francés, «a prueba», como cuando alguien pone algo a prueba, con la sobreentendida potestad de rechazarlo después si ese algo se muestra insatisfactorio en la prueba a que es sometido. Así también el ensayo pone y nos pone a prueba, mostrando como para un *verdadero* filosofar ningún resultado es satisfactorio, pues todo resultado que lo fuere no sería sino la fatal interrupción del quehacer filosófico, su cancelación, en nombre –eso sí, vanamente– de la verdad.

No se nos ocurre, por tanto, nada más *medularmente* filosófico que someterlo todo, y ante todo someterse uno mismo (no olvidemos la conocida confesión del propio Montaigne: «soy yo el objeto de mi libro»), al ensayo: en el sentido de un *exagium* latino –del que se origina la palabra–, es decir, un sopear, ponderar cada cosa, incluyendo lo más variopinto, como bien sabe el lector de los *Ensayos*. Y del *exagium*, a su vez, el *ex-agere*: el mover, avanzar (o construir) desde. De ahí la posibilidad de una (otra) filosofía.



Conocemos a Montaigne no solo como el generador del género del ensayo, sino también como una figura clave del escepticismo, más concretamente de un radical pirronismo (radical: de «raíz», que nada tiene que ver con extremismos). Y esto nos debería hacer matizar ahora nuestra afirmación inicial, a saber, que optar por el ensayo constituya un verdadero posicionamiento; pues, en rigor, más bien estaríamos ante lo contrario: ante una verdadera falta de posicionamiento, entendida, eso sí, como la más radical y genuina posibilidad de posicionamiento, una vez asumido que –como lo expresa Schlegel– «hay que ser ante todas las cosas un hombre y luego, por tanto, un filósofo» (añadimos ahora el énfasis).

La misma Modernidad filosófica que Montaigne anunciaba se vería culminada, antes de la gran impugnación romántica, por el gran proyecto ilustrado, desde el que llegarían importantes y reiteradas voces de reivindicación de la figura de Michel de Montaigne. Como es obvio, estas voces se dejarían oír muy particularmente en el propio contexto de la filosofía francesa; mas, ya que es obvio, vamos aquí a permitirnos obviarlo y dirigir nuestra mirada en otra dirección: en la del tan notable como heterodoxo *Aufklärer* germano Gotthold Ephraim Lessing. Lo hacemos porque la propuesta, «montaigneana», de la filosofía como ensayo así nos lo sugiere. De la en muchos sentidos generosa y diversa literatura que nos dejó Lessing (escritos filosóficos, teológicos, teatro, una notable dramaturgia, sin olvidar la correspondencia, tan importante para la Modernidad filosófica,... y por supuesto, ensayos), seguramente sus más conocidas palabras son aquellas del pequeño opúsculo «Eine Duplik» («Una réplica», podríamos traducir), que no podemos evitar reproducir aquí, aun teniendo que hacer para ello una segunda excepción a respecto de lo dicho, solo unas líneas arriba, sobre prefacios y citas: «No es la verdad, en cuya posesión uno está o cree estar, lo que constituye el mérito del hombre, sino el honesto empeño hecho para llegar a ella. Pues no por la posesión, sino por la búsqueda de la verdad, se incrementan sus fuerzas, y solo en ello radica su siempre creciente perfección. La posesión nos hace cómodos, indolentes, orgullosos. Si Dios tuviese en su mano derecha toda la verdad, y en su izquierda el único y siempre cambiante impulso hacia la verdad, incluso con el añadido de siempre y eternamente errar, y me dijese: ¡Elije! Me pondría humildemente de rodillas a su izquierda y diría: ¡Dame, Padre! ¡La pura verdad es solo para Ti!» (*Werke*, Munich: Carl Hanser, 1970-79, v. 8, p. 33).

Traemos también aquí a Lessing porque creemos que en él encontramos una otra Modernidad filosófica, un tanto disidente con cierta ortodoxia ilustrada, más afín al espíritu del ensayo, y no por acaso directamente emparentada con esa raíz escéptica que inmediatamente reconocemos en el «fundador» del «género», y que volveremos a encontrar de nuevo en otros momentos, como por ejemplo en la propia *Frühromantik* de Schlegel, también de raíz escéptica y también impulsora de un nuevo género de literatura (tómese «género» ya en el sentido que se prefiera). No creemos que sea casual que el reconocimiento de un «eternamente errar» —en expresión de Lessing— dé lugar a una literatura del errar; y no tanto del errar en cuanto error, sino más bien, y ante todo, del errar en cuanto errancia. La primacía de este último sobre aquel primero es lo que llevará a Schlegel hacia el sentido moral, como también en Lessing los problemas gnoseológicos deben ser entendidos desde una perspectiva moral, o lo que es lo mismo, desde un humanismo que asume el posicionamiento como una permanente tarea.

Se quejaba Lessing de aquellos que solo concebían el ejercicio de la filosofía en el ámbito del lenguaje técnico y renunciaban al lenguaje popular, animados por las garantías de certeza que ofrecen los conceptos definidos *a priori* con precisión; y en su lugar, reclamaba la necesidad de filosofar incorporando también el registro popular del lenguaje, de algún modo recordando aquellas «maneras sencillas, naturales y ordinarias, sin disimulo ni artificio» con las que el propio Montaigne, en advertencia preliminar al lector, declara que se expresará en sus *Essays*. De este modo, exigiendo volver también sobre el uso vulgar de las palabras, se reconoce la necesidad de poner a estas igualmente a prueba, penetrando en lo disperso, ambiguo, incluso aparentemente contradictorio de su múltiple significación: de su significación real. No sorprende que también Schlegel y sus correligionarios se volvieran sobre las posibilidades filosóficas de la palabra, escapando de la rigidez del concepto, y no precisamente por un frívolo prurito «poético», sino más bien por una íntima convicción filosófica —llámese escéptica, o simplemente humana— de acuerdo con la que el concepto no puede realmente *con-cipere* aquello en virtud de lo cual podría, realmente, llevar a cabo lo que pretende, a saber, constituirse como verdadero, *decir la verdad*.

Por esta razón, Schlegel, entre los primeros románticos del círculo de Jena (círculo particularmente dinámico, que giraría sobre sí a una pasmosa

velocidad, para hacer centrifugar todo ego; y así no sorprende que acabase por deshacerse tan rápidamente como se formara), rescataría la herencia del ensayo para buscar de nuevo, como ya hemos dicho, una nueva filosofía, que, lejos de huir del conflicto, la tensión y la contradicción, los abrazase como, justamente, posibilitadores de ese nuevo modo de pensar, que habría de dar lugar, forzosamente, a una nueva literatura, como también ya hemos dicho.

Es también el caso de Lessing, *mutatis mutandis*. Y lo que hay que cambiar no es mucho, a pesar de que pueda parecer esencial, pues realmente determina distancias por momentos insalvables. No obstante, quizás lo verdaderamente esencial, después de todo, no sea sino el modo de concebir el quehacer filosófico a partir del modelo del ensayo. Mas no el ensayo –lo decimos una vez más– como mero género, sino como *generador*: de una (otra) filosofía que se concibe, *radicalmente*, como ensayo.

Lessing, Schlegel,... la lista podría ampliarse muy considerablemente, es evidente. Basten aquí estos dos nombres, tomados de marcos manifiestamente heterogéneos (mas también complementarios: el primero corona la misma Modernidad que Montaigne anuncia, mientras que el segundo la desborda), para apuntar con ellos una determinada manera de entender y ejercer la filosofía que no se reduce a una cuestión de género o de época; una filosofía que parte del reconocimiento de la realidad, en toda su diversidad, para ponerla a prueba y, con ello, y ante todo, para ponerse a prueba: *ensayarse*.

Oscar Parceró Oubiña



## INTRODUCCIÓN

Son tres anillos, como en el cuento medieval, imantados entre sí, como en el famoso diálogo platónico. Tres capítulos en los que intentaremos dar algunas claves del pensamiento de Montaigne, hasta donde sepamos o podamos hacerlo, y, sobre todo, abrir un frente de combate contra una hermenéutica del autor que nos llega desde el otro lado del Atlántico (mencionaremos luego nombres propios y medios académicos), que devalúa su pensamiento, y lo acomoda a aquella *aurea mediocritas* que maldecían algunos clásicos (Horacio, *Oda X* del libro segundo: *Rectius vives, Licini, neque altum*; o en las *Epistolas*, I, XVIII, v. 9, *Virtus est medium uitiorum et utrimque deductum*).

El primer escrito o capítulo supone la tentativa de ofrecer una visión global de la filosofía del bordelés siguiendo las pautas que él mismo nos dicta o traza (en forma y estructura): el ensayo. Será definitivamente esto último, un ensayo. Escrito a pinceladas. Con *alongeils* y *couches*, por emplear su propia jerga, y la de los especialistas en su obra. Y con su característico espíritu de contradicción. La tensión interna es su médula, con su altiva ligereza («esa cosa liviana, alada y sagrada», definió la poesía el mismísimo Platón), y al tiempo con toda su hosca gravedad. No todo será filosofía propiamente dicha. Habrá arte, literatura, recortes de prensa diaria, de G. F. Watts hasta Jorge L. Borges, la genética o la biotecnología, el humanismo y el poshumanismo. Que nadie se asuste. No se trata tanto de tener razón como de sembrar dudas. Tendrá exactamente la misma extensión que el más famoso de los suyos, la «Apología de Raimundo Sebunde», del que todo el mundo piensa que es excesivamente largo o extenso para que cuadren las cuentas. El título —«La filosofía como ensayo»— ya resulta orientativo, y aparece resaltado en letras capitales también, como era de esperar, en la portada de este libro. Nosotros estamos convencidos de que es éste el sentido que le da a toda su filosofía, o reflexión crítica, como buen esceptico, neopirrónico consecuente: radicalmente entiende la filosofía como un ensayo, un perpetuo ensayo. No es cuestión aquí y ahora de ir al corazón mismo del capítulo, pero sí es necesario, para evitar pudores y también malentendidos, es preciso ahora, adelantar algunas palabras acerca de su fisonomía, fábrica o anatomía. Como tal ensayo, no espere encontrar el lector erudición, y notas a pie de página, sencillamente no las tiene; y, en él, la distinción entre lenguaje académico o científico y popular —pensemos también en la obra de François

Rabelais, sin ir más lejos, de la que se podría decir exactamente lo mismo, o en la obra de Giordano Bruno, o Ariosto o Tasso, y de tantos otros autores de época, y no menores— será mínima. Seguimos, sencillamente, e incluso abusamos si se quiere, amable lector, de sus pautas y compromisos. Intentando recobrar su estilo, el ritmo, el pulso de este género, que él casi inaugura, lo dejaremos en un de momento enigmático casi. En lo formal, en efecto, imitándolo, hemos introducido muchas frases hechas. Son todas tuyas. Extraídas de su propio texto. ¿Realismo grotesco? Es su propio lenguaje, sus acentos, sus atajos, su gramática filosófica. Las emplea para dar frescura al relato, también para ganar agilidad y dinamismo, avanza rompiendo olas (nada que ver con el nadador de espaldas platónico, del que hablaremos luego, el dialéctico, en recinto cerrado y cómodo, que nada en el Lago de la Memoria), y debemos respetarlas. En todo caso, aquí yo lo he hecho. Dejo en él dos ofrendas o piezas de caza al lector: en primer lugar, lo que yo mismo entiendo por (o como) algunas de las claves de su ideología, desde luego, del pensamiento filosófico del bordelés, perigordino o gascón Michel de Montaigne, en definitiva mi interpretación, pues no podría ser otra cosa, él mismo lo dice, todo resulta finalmente una interpretación, que desde luego difiere mucho de aquella de la —que bautizaremos aquí como— Escuela de Chicago (Philippe Desan y acólitos, *Dictionnaire de Michel de Montaigne, Montaigne Studies*) y de algunas otras, como se irá viendo: la «Escuela de Chicago», en la línea posmoderna, pretende despojar o vaciar de contenido crítico su pensamiento, descargándolo de dudas, de titubeos y de apuestas, del estigma del infortunio; quieren hacer de su discurso un exquisito cadáver cosido de audacias políticamente correctas, de pretendidos silencios y esto, creemos francamente, no es aceptable; y, por otro lado, ver en vivo, en directo, de forma más plástica que didáctica, cómo se construye un «ensayo» al estilo Montaigne, o mejor dicho cómo yo creo que se hace (el «yo» es siempre el mascarón de proa de todo ensayo, he procurado no abusar del recurso), la forma de expresión que él ha creído que mejor traduce o plasma sus ideas, su manera de pensar, su filosofía. Pero, en él, hablar de forma es hacerlo también de contenido. De estos dos retos, lograr lo primero es más fácil, ya que sólo se necesita paciencia y lectura, y algo de dinamita, y siempre el intérprete corre sus riesgos, claro; homérico y casi imposible parece lo segundo. (Este texto fue redactado en 2014, con la intención de que apareciese en el 2016, pero las circunstancias fueron demorando su publicación.)

El segundo estudio o capítulo del libro es una tentativa de probar si la lectura que habíamos realizado, experimentado o ensayado en el capítulo anterior (pasamos ya al plural, al nosotros, mayestático), es o no, mucho o poco, desatinada o intuitiva, o si va o no, poco o mucho, desencaminada. (Tiene ya sus arrugas, fue redactado quizás hace ya 10 años, llevó originariamente el título de «Montaigne, *on the road*», en homenaje a Jack Kerouac, filósofo a su manera, y a los años 50-60 del siglo pasado, en los que algunos vimos la luz del día, y al tiempo descubrimos el mar, un regalo de los dioses, y reconstruye los principales pasos de un diario de viajes del bordelés por la otra Europa.) En la estructura encontrará el amable lector toda una teoría del viaje. No le haga mucho caso. Diez pasos. Prescinda de ella. No es lo relevante, la substancia del caldo, de este relato. Como en todo, en Montaigne, fijese sólo en la piel. En una ocasión cuenta una anécdota, que le había narrado Florimond de Raemond — un amigo suyo, que le compró su cargo en el Parlamento de Burdeos y del que nos ha llegado un ejemplar anotado de los *Ensayos* que aporta muchas claves de lectura, biográficas y de época—, en la que un cortesano muy distinguido y remilgado comete la impertinencia de preguntarle a un mendigo que va medio desnudo, al modo de un cínico de la Antigüedad, o un santón o gimnosofista hindú, pero no por propia voluntad sino por necesidad, si no tiene frío envuelto como está en sus pobres y escasos andrajos, a lo que aquel responde: «vos, señor, lleváis tan solo la cara al descubierto, y no os quejáis; pues bien, creedme, yo soy todo cara». En el primer capítulo, ensayo, hablábamos de una cierta ontología que comparte el bordelés con otros autores de época, Nicolás Maquiavelo o Giordano Bruno de Nola, que bautizábamos allí como «filosofía de la vicisitud» —en la que el autor nos obliga a seguir profundizando, pero será tarea para otro trabajo, si la salud nos acompaña—, pero que en él adopta tintes pirronico-trágicos, de la que son motores los juegos de azar y alteridad; en este nuevo capítulo, que hemos rebautizado como «Metamorfosis», remediando a Ovidio, removemos el título original en favor de una observación que, en el *Journal de voyage* (1580-1581) de nuestro autor, recoge su secretario a su paso por Augsburgo (*Augusta*), «*et [il] portoit á Augusta un bonnet fouré par la ville*», pues concreta mejor el *on road*, iremos viendo si nuestra hipótesis inicial se cumple en este terreno, o sea, intentaremos mostrar la cara o parte más práctica de ésta su filosofía, en tema tan aparentemente inocente, minúsculo y, por así decir, marginal. Lo hemos ensayado en otro trabajo a propósito de la «amistad», y, en cierta manera, en el capítulo iii del presente libro lo

volvemos a tratar al examinar su defensa de los brutos, al abordar la figura del animal como una posibilidad plausible del «otro».

El tercer trabajo o capítulo del libro, por las razones ya aventadas, lo hemos retitulado ahora «Defensa de los animales», pero sólo para la portada; es el más reciente de factura y fue redactado y compuesto bajo el rótulo de: «*Como gatos y perros. El alma de los brutos en el Renacimiento: escépticos y libertinos*». Es el más extenso de los tres. Y tal vez debiera hacer una alusión al Medievo. Casi un opúsculo en sí mismo. Es trabajo original, que-remos decir que nuevo, es *repport* o informe redactado en una estancia de investigación y docencia en otra universidad en el semestre de invierno-primavera del presente año, 2019. Apuntes previos habían aparecido aquí y allá, en congresos sobre el centenario de la muerte de Francisco Suárez (2017, Salamanca, Porto y Lisboa) o en un libro-homenaje ofrecido a un compañero de trabajo, que se cita en el apartado bibliográfico. En aquellas ocasiones hemos intentado siempre relacionar asuntos viejos con perspectivas nuevas: ecología y animalismo, automatismo animal y revolución neurológica (António Damásio), irenismo y doble paradigma de filosofía política (teoría jurídico-política de la soberanía y teoría del conflicto de razas, a partir de Michel Foucault), incluso algún divertimento, tauromaquia y regímenes políticos, que como suele ocurrir termina adquiriendo un cierto perfil cargado de gravedad (ocurre esto precisamente, con más frecuencia de la esperada por la Escuela hermenéutica de Chicago, en la escritura del borde-lés), etc; deseamos que con algún aprovechamiento. Hoy lo hemos bajado de ese cielo cargado de plomizas y espesas nubes directamente a la más nítida geografía mundana de la historia de la filosofía. El conjunto, al menos, incorpora un aspecto que creemos novedoso: el desarrollo por parte de nuestro filósofo y ensayista, como buen neopirrónico, del «Tropo Iº de Enesidemo de Cnosso o Alejandría», del que se hacen eco diversas fuentes de la Antigüedad —Sexto Empírico, Diógenes Laercio y Filón de Alejandría o el Judio—, titulado «Diferencia entre los animales»; una marca del escéptico auténtico, y además más militante. Nadie parece haberse fijado antes en este minúsculo punto, convertido en ángulo ciego en la historiografía filosófica especializada, o casi. Tampoco parece haber excesivo mérito, creemos, en el descubrimiento de un tesoro que se halla a la vista de todos. Pero fíjense en la carta robada de Poe. Querido lector, esta pieza tendrá el valor



que usted quiera otorgarle. Es evocado de refilón también en el propio título del presente libro (entre paréntesis pero en lugar destacado), precisamente por ser el texto más extenso, y el más reciente, y, por qué no decirlo, el de mayor actualidad con carácter general tal vez; no en vano la filosofía, más que el búho hegeliano que emprende el vuelo al anochecer, nos parece que por el contrario se anticipa al hecho histórico, a sus problemas, a sus retos nuevos y a sus debates. Los gatos y perros del título original, y final, del trabajo, no son, como se podría imaginar el lector, los escépticos y libertinos de los que allí se habla, es sólo metáfora, porque aquí, ambos partidos filosóficos, unos y otros, coinciden, reforzando mutuamente la argumentación, en la defensa de la inteligencia de los animales. Las razones para hacerlo, en sí, convergen, y aún se blindan o retroalimentan entre sí. Nos hemos centrado en autores poco conocidos para el lector medio, en Michel de Montaigne, por supuesto, pero también en Gómez Pereira, Étienne Pasquier, Hieronymus Rorarius (editado a finales del siglo XVII por Gabriel Naudé) o Pierre Charron (discípulo del bordelés y considerado maestro de la impiedad moderna). Por supuesto, previamente, en la primera parte del estudio, hemos hecho un escueto repaso de las tres grandes líneas de debate sobre el tema en la Antigüedad, Medioevo y Renacimiento, paradigmas aristotelico-escolástico, naturalista-escéptico y, finalmente, aquél que defiende el maquinismo animal, de Pereira a Descartes, con sus respectivos cofrades y seguidores. En el estudio o capítulo se habla de otras muchas cosas, de saberes e instituciones, de ortodoxia y heterodoxia, de verdad y poder. El tema tiene su actualidad en nuestros días, ya se apuntó, si tenemos en cuenta la presencia y cada vez mayor visibilidad de los movimientos animalistas y ecologistas, que, al grito de «Tortura no es cultura», por simplificar, y mucho, defienden los derechos de los animales, al punto de que, a día de hoy, en las elecciones europeas de ayer mismo, 26 de Mayo de 2019, han obtenido una importante representación en la cámara el «Partido Animalista y de Defensa de la Naturaleza», en el bloque de los Verdes (69 diputados en la Eurocámara, no todos solo ecologistas, 17 más que en el año 2014). (En el Estado español, sin embargo, de tener en cuenta los datos obtenidos en las elecciones generales del 10 de noviembre de 2019, ganan los taurinos por goleada.) Por lo demás, y para terminar, ese rescoldo que figura en el título del libro, una «Defensa de los animales», tiene origen literario y filosófico: en efecto, el erudito, escéptico y librepensador, acuñador del término que mejor le

define a él mismo, «ateo virtuoso», Pierre Bayle (1647-1706) introdujo el artículo «Rorarius» en su *Dictionnaire Critique et Philosophique* (1697, 1ª edición, Amsterdam, chez Reinier Leers, 4 partes y 2 vols., in folio—1702, Rotterdam, chez Reinier Leers, 3 vols., también in-folio; se hicieron muchas ediciones, ya póstumas, siendo la primera la pirata de 1715, la 3ª de las conocidas), en el que alude de pasada a la posición del bordelés, de Michel de Montaigne, en la problemática o debate abierto en la época, y siempre, sobre la racionalidad de los brutos. Llama nuestro erudito la atención sobre su ensayo más conocido, extenso y filosófico, la *Apologie de Raymond Sebond* (Libro II, xii), que es donde desarrolla precisamente el tropo mencionado, el Tropo 1º del dispositivo categorial pirronico-ensidémico, y dice exactamente: «Montaigne se ha declarado a favor de este parecer, y lo ha defendido con tanto afán que parece haber querido que la *apología de Raimond Sebond* sea en parte la [apología] de las bestias» (Bayle). Justificamos, pues, por esta vía, el nuevo título, pero sólo para la portada del libro, o su variante / variación. A modo de experimento, se ofrece en forma de enigma, liebres o dioses imposibles o imaginarios persiguiendo al perro de Crisipo de Solos, con la (buena) voluntad de que conserve el tono de los cuentos filosóficos de nuestra mejor tradición occidental, de Luciano de Samósata a Voltaire. Por supuesto, no alcanza este techo, difícil subir a esta cumbre, reservada sólo a muy pocos.

Lleva además un Prólogo de nuestro especialista en filosofía moderna y del Romanticismo, Oscar Parcerou Oubiña, sobre escepticismo y dialéctica, que permite encuadrar mejor, desde la diferencia, nuestro propio enfoque del pensamiento del perigordino. Cuenta también con un Epílogo a cargo de Jorge Cendón Conde, nuestro más estrecho colaborador.

Completamos así una ya larga travesía de investigación sobre este autor que, creemos, todavía no ha alcanzado su término definitivo: un cuerpo de trabajos, variados, de los que en modo alguno renegamos o de los, siguiendo al maestro, podemos decir que no nos arrepentimos, son en realidad la base del estudio presente, aunque algunos de ellos necesitarían ser puestos al día, tal vez una nueva capa de pintura, actualizarlos, quizás una paciente y más delicada

reescritura<sup>1</sup>. El tiempo, e incluso el espacio, pasan o se mudan y las ideas en algunos casos se aclaran y en otros se renuevan. No podemos negar la evidencia. Pero, también es cierto que, a la sombra de la frondosa higuera de los *Essays*, todo sabe a poco, nunca estaremos satisfechos, siempre andamos en ruta.

Como vamos a comenzar este libro con un ensayo que no lleva citas, diremos que hemos trabajado, para facilitar la lectura, con la versión al español más conocida, así como la vieja ya, pero insuperable, de la editorial francesa de Gaston Gallimard<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Trabajos anteriores sobre Montaigne del autor, 11 en total, por orden cronológico y formato: I) Capítulos de libro: 1º) «Escepticismo y nominalismo en el Renacimiento: Sánchez y Montaigne», en Heredia Soriano, A. (ed.): *Historia de la Filosofía Española* (Actas del V Seminario del), Salamanca: USAL, 1988, pp. 547-566; 2º) «La réception de Montaigne en Espagne I: Étude historique», Blum, Cl. (ed.): *Montaigne et la critique espagnole*, Bordeaux-Paris: Société des Amis de Montaigne, 1988, pp. 17-34; 3º) «El èi de Delfos: un tema plutarquiano en la filosofía de Pico de la Mirándola y Montaigne», en García Valdés, Manuela (ed.): *Estudios sobre Plutarco: Ideas religiosas* Madrid: Ediciones Clásicas, 1994, pp. 419-445; 4º) «Ó chou. Montaigne e a crise da ideología naturalista», en Torres Queiruga, A. (ed.): *Razón ecolóxica*, Santiago de Compostela: USC, 2011, pp. 231-291; 5º) «Montaigne on the road», en João Cardoso Rosas, Victor Moura (eds.): *Pensar radicalmente a Humanidade. Ensaíos em Homenagem ao Prof. Dr. Acilio da Silva Estanqueiro Rocha*, V. N. Famalicão-Braga: Edições Húmus / Centro de Estudos Humanísticos (Universidade do Minho), 2011, pp. 557-632; 6º) «Le monde n'est qu'une école d' Inquisition. Metáforas venatorias e discurso filosófico en Montaigne», Parcero Oubiña, O., Sixto Blanco, R. y Martín González Fernández (eds.): *O discurso filosófico: da poética a política*, V. N. Famalicão / Santiago de Compostela: Húmus / Seminario de Estudos Galegos, 2015, pp. 225-260; 7º) «A racionalidade dos animais: Gómez Pereira, Montaigne e Suárez», en Parcero Oubiña, O., González Fernández, M., y J. Cendón Conde: *L'Homme-Machine. Filósofos, animais y máquinas. Homenaxe ao prof. Dr. D. Luís R. Camarero. Lições do mestre e libro dos amigos*, Vila Nova da Famalicão: Húmus, 2018, pp. 185-208; II) Artículos: 1º) «Voltaire y Montaigne», *Agora. Papeles de Filosofía*, núm. 9 (1989), pp. 79-91; 2º) «La réception de Montaigne II: Études sur Montaigne», *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, núm. 19-20 (1990), pp. 7-32; 3º) «Philon d'Alexandrie et Michel de Montaigne», *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, núm. 24 (1994), pp. 23-36 (discretamente censurado en relación al origen judío de su familia materna, mejor decirlo que callarlo); 4º) «De Montaigne a Nietzsche (El retorno de lo trágico)», *Cuadernos de pensamiento*, núm. 9 (1994), pp. 129-154; III) Congresos: *Simposio Internacional de Ciencia y Filosofía en el Renacimiento*, organización y actas a cargo de Balañas Fernández, Carlos A., y Martín González Fernández, Santiago de Compostela: USC, 1988; donde se presentaron otros trabajos sobre Montaigne: Otilia López Fanego, Pedro J. Chamizo Domínguez y del muy querido también, ya fallecido, Guillermo Domínguez Santos. La ontología y filosofía política del bordelés merecen todavía otra visita. (Permanece todavía inédito alguno que se cita de refilón en el cuerpo del texto: «La justicia está muerta. Michel Foucault reescribe los *Essays*»; y algún otro sobre Montaigne, Maquiavelo y Bruno.)

<sup>2</sup> Vid. Montaigne: *Œuvres complètes*. Texte établis par Albert Thibaudet et Maurice Rat. Introduction et notes par Maurice Rat. Paris: Gallimard (Col. «Bibliothèque de la Pléiade»/ nrf), 1962. En francés se citará siempre por esta edición. En español, por la edición: Michel de Montaigne: *Ensayos completos*. Traducción de Almudena Montojo. Introducción, notas y traducción de los sonetos de La Boétie por Álvaro Muñoz Robledano. Madrid: Cátedra (Col. «Biblioteca Aevra»), 2003 (3ª ed. 2006). Empleamos siempre, para referirnos a ella, el número de libro, número de ensayo, y página. Cuando la cita se haga en francés se indicará la paginación de la edición francesa, acompañada siempre, tras barra, de la española; y, de reproducir la traducción española, a la inversa, tras barra, se indicará la paginación francesa. Solventamos a veces deficiencias de esta versión, excesivamente literal y en ocasiones innecesariamente dura. En este sentido, nos hubiese gustado recurrir a la más literaria de la editorial El Acanalado, con una excelente traducción de J. Bayod Brau, con el que en parte compartimos además interpretación, si la suya no fuera la de 1595, al cuidado de Marie le Jars

Cada uno de los trabajos de la trilogía que da cuerpo al presente libro tiene su propia dedicatoria —«À “*La belle Corisande d’Andouins*”, e ós nosos fillos, Hugo Fiz e Marina Iris», «A Jorge Cendón Conde, Doutor en Filosofía en cerne, investigador incansable, xeneroso, e escritor de talento» y «A Teresa Toscano e J. Chr. Laursen, pola súa hospitalidade en Riverside»—, y así va a quedar para la imprenta. Hay también una evocación constante a dos maestros, J. L. Fuertes Herreros y Miguel Á. Granada Martínez. Y a otros ya irremediamente ausentes. Este trabajo queda enmarcado, con carácter general, en el Proyecto de Investigación de la Universidad de Córdoba, dirigido por Ramón Román Alcalá, IP, y del que yo mismo soy miembro en condición de IA: «El escepticismo pirronico-empírico y el escepticismo académico en su desarrollo histórico: escepticismo y heterodoxia en la Filosofía Medieval y en el Renacimiento», Ministerio de Economía y Competitividad [Dirección General de Investigación Científica y Técnica] [Madrid], presentado en la convocatoria de 2016 [y concedido, FFI2016-77020-P], con Manuel I. Bermúdez Vázquez, continuación de otro anterior, en el que participaron, entre otros, Pedro Mantas, Jesús de Garay y José Luis Cantón Alonso, la mejor compañía. Un proyecto en el que su IP siempre ha acogido con gran generosidad a los licenciados, graduados o doctorandos que colaboran estrechamente conmigo. Quisiera dedicar

de Gournay, que sabemos intervino el texto (vid. Michel de Montaigne: *Los ensayos (según la edición de 1595 de Marie de Gournay)*. Prólogo de Antoine Compagnon. Edición y traducción de Jordi Bayod Brau, Barcelona: Acanalado [Quaderns Crema, núm. 153], 2007 [8ª reimpr., 2018]). (Existe otra todavía más reciente, que contempla ambas versiones: Montaigne, Michel de: *Ensayos*. Edición bilingüe. Traducción de Javier Yagüe Bosch. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2014). Por cierto, la de Marie le Jars de Gournay de 1595, es la edición a la que remiten y dan por buena los miembros de la Escuela de Chicago. No todos estamos de acuerdo con ello. Desde luego no lo estaba la Dra. Doña Otilia López Fanego. Para el lector gallego es siempre aconsejable, pese a recoger tan sólo una selección o «escolma» de ensayos, la versión realizada por Gonzalo Navaza, de la universidad olívica, para la Universidad de Santiago de Compostela, de quien diremos, en lengua madre que compartimos: «laureado traductor das *Flores do mal* de Charles Baudelaire, e por outros traballos seus, foi ademais quen de vestir a Montaigne con traxe de gala do país» (vid. Michel de Montaigne: *Ensaíos*. (Escolma) Prólogo e tradución de Gonzalo Navaza. Santiago de Compostela: USC / BBVA, 2016). Para el *Journal de voyage en Italie par la Suisse et l’Allemagne en 1580 et 1581* de nuestro autor, tomamos esta misma edición francesa, la de Rat y Thibaudet, para contraste de paginación, pero manejamos para la versión española del texto francés e italiano, la edición bilingüe: Michel de Montaigne: *Diario de viaje a Italia*. Edición a cargo de José Miguel Marinas y Carlos Thiebaut. Madrid: Debate / CSIC, 1994. Desde ahora, para referirnos a ella, emplearemos la abreviatura *JV*. Ésta corrige algunas deficiencias de la francesa, que, por ejemplo, no reproduce el texto italiano (lo vierte al francés) y suprime, a veces, pocas, fragmentos del original. Nos referiremos a las *couches* de las tres ediciones de los *E*. con las siglas: 1580[a], 1588[b], Ejemplar de Burdeos [c]; muy raras veces, sólo cuando el propio trabajo nos lo exija. Nos detendremos menos en el *Diario* en los Capítulos i y iii, con pasajes y comentarios incorporados de forma más mecánica, marginal, y telegráfica; pero no ocurre lo mismo, y con razón, con el Capítulo ii, que se centra precisamente en esta cuestión, la del viaje, y en este testimonio.

también este trabajo a algunos amigos, especialmente a cinco, a Concha Varela Orol y Marcial Gondar Portasany, como siempre, a María Xosé Agra Romero (por preguntar), a Oscar Parcero Oubiña, y a Xosé Ramón Mariño Ferro, que se aventuró a acompañarme en el equipo de dirección en el Departamento de Filosofía e Antropoloxía Social en el periodo 2004 a 2008; y a todos los compañeros de administración y servicios que, en la Facultade de Filosofía de la USC, nos hacen más cómodo nuestro trabajo: empezando por los dos magníficos profesionales que ayudaron en su momento en la gestión del Departamento, Víctor Fernández Martínez y Arturo Pérez Doce, y la actual plantilla de nuestra Facultad, incluidas bibliotecarias, Luis Barral Camba, Rita Castiñeiras Pampín, Dora Matos Carballal, Loreto García Vázquez, María Reguerio Regueiro, Elvira Méndez Torrado, Santiago Sánchez Camino, Juan C. Sánchez Liñares, Yolanda Pacios Cancelo y Marcos Rodríguez, y, a los ya idos, a Nicolás Suárez Villar. También a dos pioneros, de más joven a mayor: Pedro José Chamizo Domínguez, en la actualidad Catedrático de Lógica y Filosofía del Lenguaje en la Universidad de Málaga (con un libro seminal, *La doctrina de la verdad en Michel de Montaigne*. Málaga: Universidad de Málaga, 1984; y hoy con obras de éxito, como *Semantics and Pragmatics of False Friends*. London / New York: Routledge 2010<sup>2º ed.</sup>); y Dra. Dña. Otilia López Fanego, Catedrática de Lengua y Literatura Francesa en el Instituto Cervantes de Madrid, Presidenta que fue de la Asociación de Profesoras Universitarias de España, luchadora republicana en el exilio interior, socialista, fallecida en 2004 a los 82 dos años, tenaz e incansable investigadora de la obra de Michel de Montaigne, filóloga de vocación y profesión, que nunca, por ello, renunció a examinar los aspectos más radicales, atrevidos y conflictivos de la filosofía del bordelés; y, para nosotros, la antítesis de la hermenéutica posmoderna de la Escuela de Chicago. Se posicionó siempre, y con firmeza académica, contra la versión retocada de la edición de 1595 de los *Ensayos* de nuestro autor a cargo de Marie le Jars de Gournay. Y en ello la seguimos. Finalmente, y no podría ser de otro modo, está dedicado a mi esposa M<sup>a</sup> de Lourdes Pérez González, e hijos, Hugo Fíz y Marina Iris.

A' Santas de Oleiros (Salvaterra de Miño) / Abril de 2019.